

DEL “PAÍS DE LA COLA DE PAJA”
AL PAÍS DE LA MEDIOCRIDAD.

Isabel Pereira

(Uruguay)

El “País de la Cola de Paja” es un libro de Mario Benedetti¹ (escritor uruguayo) que narra situaciones de la cotidianidad del país. Ya en crisis.

Trabajadores de clase media, oficinistas (obreros-oficinistas con lapicera, papel, que llevan el registro de todo -dando cuenta de lo que luego sería- en las Instituciones estatales, la enorme carga que se heredaría de esas décadas pasadas y que conocemos hoy como “burocratización”).

Estos oficinistas, nos cuenta Benedetti, pasan por diferentes situaciones durante sus horas de trabajo.

“Cola de paja” se interpreta como que los uruguayos tenemos incorporado el que siempre escondemos algo: como por ejemplo, estar formalmente casados y llevar vida de matrimonio para el barrio y la familia, pero escondido y fuera del horario de trabajo, hay otra mujer: la amante; o el amante, o también representar frente a la familia, o a los amigos, ser un trabajador honesto y que se lo valore por eso, pero internamente, cuando nadie lo ve, acepta en el trabajo “la coima”².

“Cola de Paja” que tiene que ver con que no se dicen las cosas directamente, sino que por el contrario -a partir de los cuentos que narra el autor- se instituyó frases tales como “te digo una cosa, pero también te digo la otra”. Así se instaura una ambigüedad que ha hecho a una manera de “ser” y “hacer” uruguayo. En el “País de la Cola de Paja” se mueven papeles. Los expedientes son los que toman valor, porque hay que registrarlo todo y además hay que justificar todos los lugares que ocupan quienes registran.

Sin embargo, y a pesar de esta ascendente burocratización, a partir del “País de la Cola de Paja” pasaron cosas.

Si recupero mis recuerdos, éstos tienen que ver con una generación que vivió en Uruguay durante la década del setenta y de quienes formamos parte de un movimiento revolucionario en ese período. Nos comprometimos íntimamente con el movimiento

¹ En 1960 incursiona en el realismo con sus cuentos Montevideanos, una obra de contenido social dramático, centrada en historias vinculadas a los sectores de capas medias de la ciudad. Ese mismo año publica un ensayo crítico titulado “El país de la cola de Paja” donde analiza desde una perspectiva política y social la realidad del país.

² Unos “pesitos extras” por “no ver” o “dejar pasar” un expediente, o acelerarlo según las circunstancias.

guerrillero (MLN) y luego soportamos una dictadura violenta que terminó con la guerrilla, y todo pensamiento de liberación.

Hablo desde mí misma. Como integrante de esa generación del '70 en Uruguay.

Características histórico-geográficas impregnadas en mi historia personal.

Provengo de esa generación comprometida con la historia contextual que me tocó vivir. De una generación que como expresión emergente se comprometió a formar un frente contra un sistema económico en Uruguay, que en esas décadas se perfilaba progresiva y visiblemente hacia un proyecto de país de economía ausente de solidaridad hacia las clases pobres. A consecuencia de la crisis del Estado benefactor los derechos generados ya no se pudieron mantener. Ese declive económico se fue consolidando a partir de distintas administraciones políticas, llevadas adelante por Partidos tradicionales.

Como generación, mayoritariamente nos afiliamos a la idea que podíamos eludir las características propias e ideo-sincréticas de un país descrito como “cola de paja”. A pesar de saber que esa era la moral que como clase media se había instaurado en el país, y con la cual interactuábamos. Porque todos teníamos algún pariente oficinista, o proveníamos de filias. de empleados públicos. Por lo que luchábamos por dejar en evidencia las contradicciones de la doble moral.

Así, por los diferentes factores que influyeron en optar por la guerrilla como fueron revoluciones en países cercanos que aparecían como proyectos posibles, estábamos como generación casi “destinados” a asumir un compromiso que nos ponía a bullir las ganas de no sólo poner en conflicto lo que sabíamos sobre revoluciones, sino de ponernos a nosotros y nosotras todas, en juego. Era una generación que sostenía el sentido de la palabra “compromiso” hasta las últimas consecuencias. Es decir, no se temía morir. Se amaba al semejante sólo por ser alguien cercano. Se cultivaba proteger a otros. Se buscaba estar integrado en forma comunitaria (en el liceo, la facultad, el sindicato, en horas de lectura en biblioteca, etc) Se buscaba y se aceptaba con naturalidad, que las personas estuviéramos en grupo compartiendo un mate. El mate de quien fuera.

La idea era vivir grupalmente las circunstancias por venir. Se buscaba al grupo. Se socializaba la información, se ayudaba a concebir una sociedad cooperativa.

La idea de juntarse fue lo primero que se propuso derrotar la dictadura. No más de tres personas en cualquier parte que quisieran juntarse. Progresivamente la fragmentación se hizo parte de la cotidianidad.

En aquella década amar al otro/a era más que amarse a sí misma, y no nos concebíamos como co-participes activos de un proceso, si no estaba presente el amor. El amor por las ideas, por estar en un país posible y mejor, por estar más cerca del próximo/ a y si cabía y recién entonces, dejarse amar. Un cantautor popular de aquella época (El Sabalero) expresaba en una de sus canciones sobre la figura de la “compañera”, como la cómplice, militante y solidaria, capaz de compartir un cuarto de pensión y “sentirse bien por hablar bien de gente buena”

Compartir el mate y el pan con mortadela, podía justificarlo todo. Se daba sin esperar nada a cambio.

Lo máximo para dar, era la vida. Pero eso era lo de menos. En los lugares de reunión las preguntas y los comentarios tenían un sentido trascendental y filosófico, y en la educación media y en la Facultad de Humanidades las clases de Filosofía desbordaban de ideas provenientes de jóvenes, que queríamos expresar la solidaridad y la capacidad de escucha, en ideas que nos ponían a bullir el pensamiento.

Eran puntales de referencia los pensadores como Marx, Sartre, Simona de Beauvoir, Lenin, Malreaux, Proudhon, Mao, etc. Era la lectura de casi todos, la opción de casi todos, porque podríamos pensarnos médicos o arquitectos, pero asistir a la Facultad de Humanidades a escuchar y polemizar, era una cita obligada. En esta década, la Facultad de Economía no registraba casi matriculación.

Así, en esa cotidianidad nos fuimos formando y lo que aprendíamos se impregnaba en las opciones políticas que hacíamos, en las personas que elegíamos para conversar, en la pareja que adoptábamos, en nuestras miradas y en nuestro cuerpo.

En ese entonces tenía para aferrarme de mis ganas, sin pensar en las implicancias y en la construcción de poder que se entretajían o que tenían incorporadas las teorías a las cuales me estaba adhiriendo. Creía en mi propia construcción individual, la mía, pero con implicancia colectiva. Sin embargo fue cuando estuve frente y sometida a los militares, en los interrogatorios, que me di cuenta que mi construcción de poder estaba en mi voluntad de poder, en la voluntad de vivir para y en mí, por un ideal de superación colectivo. Era necesario entonces superarse con miedo al miedo a pesar de uno mismo Por eso creo que Holloway³ interpreta bien lo que quiero decir cuando señala *“No hay ninguna fuerza positiva a la que aferrarse ninguna seguridad, ninguna garantía, todas las fuerzas positivas son quimeras que se desintegran cuando las tocamos. Nuestro dios es el único dios, nosotros mismos. Nosotros somos el sol alrededor del cual gira el mundo, el único dios, un dios de la negación Somos Mefistófeles “el espíritu que siempre niega”*

³ HOLLOWAY Jhon, 2002 “Cambiar el Mundo Sin Tomar El Poder” Ed Herramienta y U.A. de Puebla Bs.As. Pág. 221

Que dice NO a la injusticia, a la falta de valores de construcción positiva del individuo, a la deshumanización, a tratar de hacerse progresivamente humano, aunque sabemos que nacemos como si lo fuéramos.

Por ello intenté construir una nueva edificación de mi misma, para gritar bien fuerte. No como un grito vacío de contenido, *“no es un grito puro, es un grito en contra, viciado de lo que niega.* En un hacer y deshacer permanente, para superarse y ser mejor cada vez. *“No puede haber ninguna dialéctica positiva, ninguna síntesis final en la cual se resuelvan todas las contradicciones”*⁴

Mi progresiva auto-construcción me iba llevando a enfrentarme íntimamente con la idealización de construcción de mí misma.

Así fuimos muchas de nosotras, como mujeres militantes, acrecentando el compromiso, porque desde muy jóvenes ingresamos a la guerrilla y esto significó una elección de vida. No era la guerrilla quien rodeara las actividades familiares, o el aprendizaje en educación o las actividades laborales de quienes las tuvieran. La guerrilla era el centro de nuestra vida. Y todas nuestras opciones giraban a su alrededor. Opción que atravesaba mis afectos, la elección de pareja y la opción de morir. Porque no concebíamos la vida de otra manera. Idealizaba fetichizando, el alcance de nuestro accionar revolucionario.

¿Cómo impedimos el proceso de fetichización, la ruptura del hacer, la separación entre el hacer y lo hecho? ⁵ Abordando la memoria siento que reparo, es decir, vuelvo a observar lo vivido. Todo este hacer, desde la voluntad, está matizado en mi propia historia. Una historia para nada diferente a otras historias de jóvenes revolucionarios. Como mapa topográfico que marca cada uno de los accidentes históricos vividos. Tiene razón Benjamín cuando dice *“hay que abrir un continuo de estallido de la historia”* ⁶ cada huella no es única, es parte de la historia vivida, sufrida, sin que se fragmente el ser y el hacer.

Por eso vivir para la muerte era vivir con coherencia para con la vida. La “cultura de la muerte”⁷ impregnaba nuestras acciones. Porque no era cuestión de vivir para morir en la cama, “si se ha de morir ha de ser peleando” decían las canciones que cantábamos o escuchábamos. Era morir para la vida.

Con la primera elección hecha de integración a la lucha armada ya di por descontadas todas las elecciones siguientes, aunque no fuera del todo consciente de ellas, porque no había tiempo para volver a elegir. Porque es *“el militante quien mejor expresa la*

⁴ HOLLOWAY Jhon, 2002 “Cambiar el Mundo Sin Tomar El Poder” Ed Herramienta y U.A. de Puebla Bs.As. Pág. 221

⁵ Holloway Ibid. Pág. 308

⁶ Citado por HOLLOWAY Pág. 308

⁷ Le llamo “cultura para la muerte” porque es lo más representativo de nuestro accionar individual para con la vida.

vida de la multitud"⁸ Es en este período histórico del Uruguay en que el compromiso se tomó una vez y para siempre, tenía que concluir en una revolución: *"la revolución es el movimiento contra la separación, contra la fetichización, contra la negación del movimiento"*⁹

Haber elegido la vía armada una vez, era una elección sin retroceso, porque aunque no fuera así planteado al momento del ingreso, igualmente se sabía que era un camino sin retorno. Eligiendo todas sus consecuencias. Era ponerse al frente de las situaciones por venir.

Acompañar en largas marchas para enterrar a estudiantes que caían en la calle producto de las balas policiales, era un compromiso militante. Condolerse del sufrimiento de esas familias, era vivir la correspondencia solidaria de la actividad revolucionaria.

*"La tradición revolucionaria está repleta de héroes que se han enfrentado a la tortura y a la muerte y nadie negaría la importancia de tales figuras y sin embargo hay algo muy contradictorio en la idea de una revolución heroica o incluso en la del héroe revolucionario. El objetivo de la revolución, es la transformación de la vida común y cotidiana y surge de esa vida cotidiana y sólo es posible concebirla si comenzamos a partir del supuesto, de que ser revolucionario es una cosa muy común"*¹⁰. Tan común que podría hacernos entender a una militante como Susana Pintos, una estudiante uruguaya muy joven que murió acibillada por salvar a un compañero de las balas y que cuando fueron a darle socorro lo único que alcanzó a decir antes de cerrar sus ojos fue "díganle a los compañeros que estoy bien". Esta "cultura de la muerte" no niega la vida. Ya que es lo máximo para entregar. Es cuerpo, con sus músculos, su sangre, sus huesos, y sus sentimientos en un grito. Por eso gritamos. Fue una generación con los gritos de quienes tratamos de hacernos oír por establecer una moral. Una única moral revolucionaria, ajena a la doble moral del "País de la Cola de Paja". Una moral solidaria, capaz de hacernos sentir junto a otros y a otras, viviendo dentro de un mismo proyecto de país. Como generación comprometida, tratamos de dejarla en evidencia con nuestra militancia. Tratamos que con nuestras acciones se eligiera por una moral incluyente y no que fragmente y separe a los individuos por ir atrás de una búsqueda de ideales de superación individual.

*En el principio es el grito, nosotros gritamos*¹¹ como pensamiento que nace de la rabia y la impotencia. Por eso cada muerte nos removía y nos motivaba la renovación de la

⁸ HOLLOWAY Jhon, 2002 "Cambiar el Mundo Sin Tomar El Poder" Ed Herramienta y U.A. de Puebla Bs.As. Pág. 252

⁹ Ibid. 301

¹⁰ Ibid. Pág. 303

¹¹ HOLLOWAY Jhon, 2002 "Cambiar el Mundo Sin Tomar El Poder" Ed Herramienta y U.A. de Puebla Bs.As. Pág.13

rabia y nos hacia saber que en el principio de toda impotencia, rebeldía, desazón “no está el verbo”¹² No era el logos. No. Fue el grito. Un grito individual desde lo colectivo como generación. “Nosotros gritamos” porque quisimos cambiar al país de la “Cola de Paja”.

Y gritamos cada vez más fuerte cuando progresivamente fue acrecentándose el compromiso con un ideal de sociedad más justa y solidaria y cuando a fuerza de ser obstinados y sobrellevar la derrota, las torturas, las muertes y el exilio para muchos compatriotas, para mí vino la cárcel. Primero en la Jefatura policial cuando ya existían las llamadas “Fuerzas Conjuntas” en donde policías y militares compartían ficheros, información y estrategias. Así muchos y muchas de nosotras, rodábamos por diferentes cuarteles para terminar luego en un penal de mujeres.

Sufrimos la derrota en el '72. Ya en el '73 instaurada como gobierno la dictadura político-militar, se resistía con huelga general, convocada por los sindicatos clandestinamente, hizo que ningún trabajador fuera a su trabajo, y que ningún estudiante fuera a sus clases. Las gentes resistían en sus casas o en las calles. Cantaban en marchas espontáneas y callejeras “salta, salta, salta, el que no salta es un botón”¹³

Recluidos y con noticias fragmentadas, tratábamos de interpretar que era lo que pasaba afuera del Penal y pensábamos de qué manera se podía acompañar esa resistencia y cómo incluirla en la cárcel.

Pero era resistencia, era sólo y nada menos que resistencia.

Los sindicatos tenían a su dirigencia exiliada o presa y finalmente la huelga terminó por ceder.

Las cárceles se llenaron primero de MLNistas, anarquistas, trozkistas, y cuando ya la dictadura militar no tenía como justificar su permanencia en el gobierno incrementaron la represión. Arremetieron contra los integrantes del partido comunista, y todo lo que pudiera ser subversivo. Así impusieron una dictadura que se instituyó por doce años en el país. Agudizó la pobreza apostando a que no hubiera una educación crítica, problematizadora, sino bancaria, repetitiva, con asepsia de valores revolucionarios, con autores previamente seleccionados, y dentro de un currículo reglamentado y militarista, que determinaba colores de uniforme, largos de pollera, largo del pelo, y horarios para andar en la calle.

La currícula escolar suprimió asignaturas como Filosofía, así como también a docentes con sólida formación. Muchos de éstos, se fueron del país con el alto costo intelectual que significó. La dictadura era expulsiva, incentivando a que quienes no podían

¹² *Ibíd.* Pág. 45

¹³ “Boton” : policía militar

quedarse en el país, a que se fueran. La sociedad civil se dividió en tres categorías A, B, y C. Los C eran los sobrevivientes, ex presos que habían cumplido la pena, condenados a no conseguir trabajo, a no poder estudiar, a no tener ningún lugar de participación. Era difícil tener que cumplir mes a mes después de ser liberada el ir a firmar a los cuarteles y soportar largos plantones y porfiar por querer quedarse en el país tratando de sobrevivir.

Aunque muchos liberados de las cárceles se fueron rebotando de un país a otro, para zafar de un las condiciones del país.

No se podía reunir en ninguna parte, porque de saberlo los militares, o quienes eran sus simpatizantes -partidarios por miedo o aliados circunstanciales por el beneficio de estar cerca de los ganadores-, el precio a pagar tenía un costo muy alto.

Para festejar un cumpleaños había que justificarlo muy bien, sino los festejantes podían terminar en los cuarteles. No podía haber más de tres personas juntas en la calle. Si las había, eran encarcelados y la cárcel podía significar desapariciones. Esa misma lógica se instauraba en la interna carcelaria, no más de tres en el recreo de diez minutos. Más de tres podía significar “la isla”¹⁴ o “el calabozo”

En el país se hablaba en voz baja de lo que pasaba.

Y de a poco se fue impregnando en toda la sociedad el miedo, la desconfianza. Por no saber que pensaba o iba a hacer el vecino si se le comentaba algo.

No se lograba descifrar cual era la lógica que aplicarían los militares ya que habían encarcelado o hecho desaparecer a los “subversivos”, aquellos de los que se había dicho que venían a subvertir el orden existente.

Los familiares de presos políticos resistían la humillación y el miedo con el paquetito para sus presos.

Eran familias cautelosas, hablaban poco, soportaban largas colas de espera para entregar una carta, un paquetito, para saber algo de sus hijos /as, parejas, o hermanos presos. Soportaban los manoseos de la guardia militar, aunque el encuentro con el encarcelado fuera con doble reja, y mediando un teléfono.

Tener en la sociedad militarizada del Uruguay de entonces, a algún familiar exilado o preso político, clandestino, o desaparecido, comenzaba a percibirse como un estigma. Así que las personas comenzaron a diferenciarse y a desconfiar unas de otras. Las familias hablaban poco con los vecinos. Hablaban con personas “de su confianza”. Lo que pasaba en el país se comentaba bajando la voz. La lucha que habíamos librado por acercarnos, por formar parte, por ser grupalmente solidarios, se fragmentaba hasta llegar a no más de tres.

¹⁴ Lugar de máxima seguridad, cuarto con desechos orgánicos de otros presos, sin luz y casi sin aire, al igual que el calabozo.

El aislamiento era planificado en forma evidente. Para dar un ejemplo; en el dictado de las clases curriculares por el Canal de Televisión oficial (canal 5) a cargo de profesores permitidos y contratados para hacerlo por el canal de aire.

Dictando clase para alumnos ausentes. Físicamente ausentes, y ausentes las preguntas, los comentarios. Así se dictaron muchas de las clases de Derecho, de Humanidades, entre otras.

Profesores autorizados por un Ministerio de Cultura interventor de la época. Con la ausencia de cuestionamientos, tenían todos los permisos para dictar cátedra.

La idea era que al no concurrir los alumnos al Centro de Estudio, podían oír estas clases televisadas, tomar apuntes, y hasta grabarlas desde sus casas.

Todo en la soledad de sus hogares.

La dictadura apostó a la fragmentación, a lo no colectivo, al individualismo, a “cuídate de los demás que pueden implicarte”. A no socializar la información. A no compartir lecturas. A vivir con miedo.

Durante los años de dictadura aparecieron cuerpos flotando en el Río de la Plata y ante el asombro de pescadores que los encontraron, silenciaron la información diciendo que hubo una pelea entre marineros pertenecientes a un barco en tránsito por el río, de procedencia China, en el que habían muerto algunos tripulantes y los habían tirado al agua. Este “cuento chino” tenía algo de cierto, ya que los que flotaban eran “orientales” pero no de la China, sino ciudadanos del Uruguay, tirados en aviones venidos desde la Argentina.

La noticia se corría en voz baja y se acrecentaba el miedo, estaba ya instituido el “Plan Cóndor” y durante doce años no se pudo discutir, leer, problematizar sobre política sobre el país, sobre la educación, sobre nada que pudiera sospecharse de subversivo.

Los libros de “izquierda” que aparecían en las casas allanadas, cuyo título generaran sospecha de marxismo, y aún peor de comunismo, se quemaban y sus propietarios pasaban un tiempo presos “por tener lectura sediciosa”. En ferias y comercios, se entrecruzaban miradas los vecinos de complicidad que dejaban ver códigos de desacuerdo, pero se reprimía la rebeldía. Después de un plebiscito que ponía a considerar la dictadura en el país, si quedarse o no, la respuesta de la gente fue NO, dejando sin legalización a dictadura y dictadores. Pero ese NO, no desterró el miedo, ya que se había quedado impregnado en la mirada, en el lenguaje que se utilizaba, y en los comportamientos. Aunque se recuperó la sonrisa y la confianza en que finalmente los “milicos” se iban. Las manifestaciones estudiantiles y obreras bastante numerosas gritaban “se va a acabar, se va a acabar la dictadura militar”

Llegada la elección del `84 apareció una primera oxigenación en la sociedad. Muchos uruguayos retornaron al país con canciones, poemas, saludos, y cuentos de otras

tierras. Se recibió cada vuelta “al paisito” como si fuera la única. Finalmente se logró después de tanta manifestación, y tanto golpe de ollas, que se liberaran a los presos por lo que se había silenciosamente luchado tanto. Sacarlos era el principal objetivo.

Después de la liberación de los presos políticos:

Acomodarse a las nuevas circunstancias que generaran reconciliaciones entre ciudadanos civiles y militares, selló en el campo de los sectores políticos un pacto de silencio. Ese pacto tenía que ver con que los crímenes cometidos por militares contra la guerrilla, y a ciudadanos sospechosos de revolucionarios, no se iban a investigar. Poco a poco y con mucho esfuerzo cada uno fue reacomodando dentro de sus familias a algunos integrantes, que habían estado ausentes por tanto tiempo. También así como muchos uruguayos volvían después de haber escapado de un Plan Cóndor feroz, corridos por las dictaduras del Cono Sur, otros muchos uruguayos se iban, desilusionados de todo, fuera del país. Diáspora que continúa todavía.

Al principio de todo, estrenada la democracia, reinó el optimismo de que finalmente políticamente podría recuperarse una sabiduría social que permitiera en el país, dejar a un lado propuestas tradicionales y reformadoras, por un gobierno que incitara a la participación de los sectores que hasta ahora no habían participado. Capitalizando las ilusiones. Pero por diez años siguientes a la caída del golpe de Estado militar, la sociedad uruguaya optó por el gobierno más conservador, aquel que les garantizaba que no habrían demasiados cambios y que fue elegido por una mayoría expresada en votos, en dos elecciones consecutivas.

Explicaciones muchas; que la población políticamente activa había dejado el país, que había quedado un porcentaje de gente mayor a quien le intimidaban los cambios, que los ex presos, hoy sobrevivientes, no habíamos podido lograr una conciencia crítica porque durante mucho tiempo, sólo quedamos reparando nuestras heridas, y mirándonos el ombligo, sin que pudiéramos tener la energía necesaria para encontrar la brecha por donde transitar de nuevo las ilusiones, hacia nuevos cambios que nos fuera ayudando a adaptarnos a un hacer diferente, que no significara renunciar y posponer los ideales, que como una brecha sirvieran para recrear lo creado-vivido-construido-pasado.

Porque a pesar de muchas desilusiones, por años, sólo quedaba seguir pensando que la vida vale la pena, testarudamente, tercamente, insistentemente.

Porque era un acto militante despertar y mirar la ventanita pintada de blanco. Así como esperar que la noche concluyera pronto y no se tornara interminable esperando que viniera el amanecer para quien demostrar que se está vivo, es dar un grito, el grito como un acto de rebeldía, desatando la soga tirada por la guardia adentro de la celda

con la ilusión para ellos, que a la mañana siguiente tomara vida esa sogá, apagando la vida de quien está preso y que durante la noche se pasó desanudando ese nudo también porfiado de desatar.

Era la lucha entre quienes teníamos impregnado en cada uno de nosotros como militantes la “cultura de la muerte”, para luchar por la vida. Era una lucha tenaz, una lucha revolucionaria, y la batallita ganada por ese día, por ese solo día, era derrotar la derrota.

Esas experiencias hacen a una manera de vivir. De porfiar con las ideas.

Y finalmente, ahora, cuándo toda la teoría que nos cobijó durante tanto tiempo me deja con el gusto sin-gusto de la impotencia y de la simplificación de la historia ¿qué queda?

El país de la mediocridad:

Construidos como generación producida por las luchas políticas y por una cultura que trató de oponerse a la cultura dominante, llegamos a concebir e ilusionarnos en el nuevo milenio, por un nuevo gobierno.

Un gobierno de “izquierda”. Un gobierno cuyo lema ganador fue el Frente Amplio, Encuentro Progresista, Nueva Mayoría.

Con muchas ilusiones de cambios fermentales, que dejara en evidencia la doble moral del “País de la Cola de Paja” que caracterizara a un país en crisis, y que no quiere dejarse encorsetar por una mediocridad irrenunciable.

Una mediocridad que paulatinamente se ha ido incorporando en nuestra uruguayes. La tenemos dentro. No hemos podido decirle NO, ni abortarla.

Este gobierno de “izquierda” nos hizo creer en proyectos de inclusión y de solidaridad. Sin que pudiéramos derrotar la cultura de dictadura que llevamos dentro.

No se han desaprendido comportamientos incorporados, que eran esperables para los que fueron los gobiernos tradicionales del país (Partido Blanco y Colorado), como por ejemplo, el procedimiento aprendido y naturalizado, de ir a visitar al político y pedirle el favor que se necesita obtener.

(Heredado del país de la cola de paja, que por unos pesitos deja correr o le consigue la firma que le falta al expediente) comportamiento siempre mal visto por la izquierda uruguaya. U ofrecer algún “servicio” de quien se quiere obtener el favor, a cambio de obtenerlo.

La dictadura nos dejó impreso en nosotros, que las jerarquías, como cargos de dirección que se ostentan en las instituciones estatales (bajo las apariencias de

asumirlas por concursos) no se ponen bajo sospecha. No se pone bajo sospecha su “honor”

El “honor” de quienes las exteriorizan, no se discute por ningún subalterno. Aunque claramente esas “Direcciones” o “jerarquías” sean inoperantes, o peor, se apropien de los trabajos realizados por sus subordinados y luego de aprendidos y presentados muchas veces como suyos, ante jerarquías superiores -sin que aparezcan nombrado el, o los autores-, éstos sean hechos a un costado, para que no queden las evidencias de las ineptitudes de quienes dirigen. O muchas veces descalificando al subordinado para dejar explícito el poder de quien manda.

Por supuesto que hoy increíblemente, tanto subordinados como jerarquías, comparten la misma opción política: son Frentistas.

Mujeres Frentistas directoras frente a subalternas Frentistas, como varones Frentistas frente a varones Frentistas subalternos.

El comportamiento de sometimiento y descalificación, no va por género, ni va por opción política. Está tan incorporado que se reproduce con “naturalidad”.

Las mujeres llegan a tener el mismo comportamiento que los varones.

Es la necesidad de demostrar que quien ostenta el poder instituido por un concurso o por una designación directa, necesita demostrar que solo, o sola, resuelve las situaciones que se le presentan. Aunque se tolera que se esté rodeado de asesores.

Pero quien tiene que demostrar la capacidad de sintetizar los conocimientos necesarios para una gestión adecuada, es quien ostenta el cargo, y debe aparecer como trabajador en solitario. Se juega su decoro en ello.

Por lo tanto lo esperable no es que se trabaje en equipo. Porque aunque así fuera, el equipo que está formado por personas, nunca aparece sus nombres. Ni cuando se informa en la televisión sobre acciones asumidas, proyectos a aplicar, como los dado por las autoridades Ministeriales o como el que asume un cargo de dirección en cualquier parte de la escala jerárquica de una Institución.

Los nombres de las personas que pudiera ser que estén incorporados en un equipo, son inexistentes. Trabajar en solitario es la herencia de la dictadura. El “jefe”, la “jefa” quieren dar la imagen que son los mejores. La participación de la mujer no marca una impronta diferente, porque igualmente reproduce el galón conferido a su status institucional. Y actúa de acuerdo a su rango. Así como el o la Alférez se remite al Capitán, o Capitana, y a su superior o superiora, y así hasta el vértice de la Institución y hacia los subordinados.

Desestructurar la pirámide que convive internamente en “la izquierda” no ha sido posible. Esa pirámide está construida militarmente, y es herencia de la dictadura. Las estructuras militares son piramidales: (ejército-guerrilla) Es una estructura sólida que

difícilmente tambalea, porque rápidamente puede identificar el lugar en donde está el error. El lugar en donde se sucede el problema. Lo que genera la vulnerabilidad del “Jefe” por querer y buscar mantenerse en el lugar designado o buscar conseguirlo a toda costa. Así los subalternos son movidos como expedientes. Por eso lo “inteligente” para un subalterno es festejar las ocurrencias del o la jefa, del jefe, sostener sus ocurrencias, sus estados de ánimo, alabarles, y lo no “inteligente” es dejar los malos desempeños en evidencia.

Quienes están en el vértice de la estructura piramidal, pueden optar por quedarse aislados de toda información existente en la interna de esa Institución o pueden señalar la inoperancia de un director subalterno, pero sin que éste pierda su “honorabilidad” a menos que sea de la otra fracción política. Entonces se dan cambios sutiles, lo que le ocurre es que cambia de lugar, pero no pierde su rango. No se puede sospechar de las jerarquías. Se puede sospechar sí, de quienes ponen en evidencia a las jerarquías. Así el que enuncia las situaciones de inoperancia, falta de ética, mala gestión, se convierte en denunciado (sea Frentista o no) Si es manifiesto Frentista, corre el riesgo de que sus actitudes de denuncia, sean catalogadas de que son personas que quedaron afectadas por su militancia o por haber estado encarceladas.

¡Pobres personas que no tiene validez lo que dicen!

Puede darse el caso aprendido durante la administración militar, en la interna de las instituciones estatales, que se dé toda clase de acosos a quienes pretender dejar en evidencias las inoperancias de un jefe. Dejarlo en “aislamiento” (porque las instituciones estatales no tienen calabozos) es decir, dejarlo sin una tarea a desempeñar, vulnerable a las críticas de sus compañeros de trabajo.

El sindicato no queda fuera de ese comportamiento. Porque como trabajadores de la Institución reproducen el comportamiento aprendido. Reivindicando solamente el ajuste salarial.

Ese mismo comportamiento aparece en las Instituciones educativas públicas. Seguramente no sean ajenas las privadas. Pero para un gobierno de “izquierda” las instituciones estatales son su responsabilidad.

El querer buscar sobresalir por dones personales, puede verse positivamente, si estos dones permiten y posibilitan crear un ámbito auténtico alrededor de quienes los tienen, favoreciendo el crecimiento personal de nuevas individualidades.

Sin embargo hoy, en este país de mediocridades, la individualidad lo es todo. Y en ese todo, no importa a quienes se deja por fuera.

En el ámbito Universitario, ayer fermento de ideas, hoy, una idea, no se comparte. Se trabaja en solitario o con un grupo seleccionado.

Incluso, puede darse el caso en que docentes que están compartiendo una mesa, se invite amablemente a alguno nuevo a ese grupo a sentarse, pero se le ignora. No se le habla, y hasta puede suprimírsele de la ronda del mate. El “sálvate como puedas” de la dictadura, se transformó en “hacé la tuya” (y eso que en Uruguay todavía no tenemos que pelearnos por la comida y el agua, porque de estos recursos todavía hay)

Buscar el lucimiento personal y la notoriedad es la meta del uruguayo en el país de la mediocridad.

El Uruguay de creerse superior por su historia cultural, y por el fermentario de ideas, se estrella hoy contra las nuevas opciones culturales que se hacen. Deja claro sus intereses, en su opción por mirar los programas de televisión que vienen de la Argentina.

De entretenimientos y chismeríos, juzgados por muchos como triviales, pero que paralizan al país, por la audiencia que convocan y se habla de ellos en todos los ámbitos. Como si el Uruguay sin identidad propia, mediocratizado, fuera una provincia Argentina.

La mediocridad lleva al asombro. Cuando se denuncian situaciones de corrupción, que ya estaban en funcionamiento desde el “País de la Cola de Paja”, pero que no hay que presentarlas como sabidas, como historias más que conocidas, hay que presentarlas como que recién ocurren, haciéndolas aparecer como que son de reciente conocimiento por parte del gobierno frentista.

El Frente Amplio, nunca fue gobierno nacional. Hasta ahora. Internamente está formado por las opciones de izquierda. Las tibias izquierdas y la guerrilla.

Quizás al inicio de su gobierno quiso hacer el intento de hacer algo diferente.

Me consta, que muchos parlamentarios intentaron crear una forma de relacionamiento diferente. Pero la doble moral del país de la Cola de Paja, no le dio la oportunidad. Rápidamente hubo quienes reclamaron cargos de confianza, reclamaron cargos por su pasado de militancia, y también, los jóvenes Frentistas –los Frentistas de la última hora- supieron inteligentemente maniobrar con la doble moral. Lo aprendieron moviéndose en las aguas de los partidos tradicionales, y como sobrevivientes a todo, aprendieron a moverse entre la opción de gobierno.

Esta vigencia de la mediocridad heredera de la doble moral, hace que prácticamente hoy, no haya diferencia entre el comportamiento de los partidos tradicionales y el de la “Izquierda”

Las instituciones funcionan igual que como funcionaban cuando eran gobierno los partidos tradicionales: Acomodos, “encargaturas” a dedo, etc.

No pudo eludirse ese comportamiento. Porque es el comportamiento conocido y esperado. Por eso no hay que engañarse, es lo que se espera que haga el gobierno en el Uruguay.

Es este un país a medio de camino de todo. Sin capacidad de reinventarse.

Tampoco como opción de gobierno, el Frente Amplio pudo mirarse a sí mismo. Siempre miró desde la vidriera a los gobiernos anteriores.

Hoy que es gobierno, hace lo que se espera que haga. No al cambio. Las reglas del juego se aprendieron desde que se aprendió el poder que puede llegar a tener un expediente. Ese conocimiento se matrizó en la dictadura.

No se ha derrotado aún, porque la dictadura está dentro de nosotros. Convive y nos habita internamente. Se aprendieron juegos de poder, y estrategias de sobrevivir a todo.

Hoy nos miran con satisfacción los partidos tradicionales (a pesar de que para ganar votos deben criticar al Frente) porque ganó la izquierda asegurando que no iba a cambiar nada. Y nada cambió. Entonces pueden mirarnos en nuestro accionar Frentista y ver lo bien que reproducimos el doble juego. La doble moral.

Enunciando que importan los pobres. Pero se expulsan de las instituciones designadas para contenerlos.

En realidad, son muy pocos a quienes les interesa los pobres. Nadie quiere aprender una nueva manera de trabajar. Lo que sí quiere, es seguir reproduciendo lo aprendido. Hacer lo que siempre se hizo.

Puede haber un Plan de Emergencia, un Seguro de Salud, pero las redes internas que manejan esos planes, son las redes conocidas por todos. Aplicadas desde el “país de la Cola de Paja” Son las redes de la doble moral.

Que podemos esperar si no es de nosotros mismos.

La izquierda se debe a sí misma una profunda autocrítica. Todos debemos pensar que nos pasa. Que camino queremos recorrer. Que opciones de salida tenemos.

Un país sin identidad propia, mediocratizado por una burocratización impresa en instituciones, no tiene salida.

No basta hablar de los pobres. No alcanza decir que es necesario mejorar sus condiciones de vida, si terminan siendo sólo una bandera reivindicativa.

Hay que volver a comenzar. Ser creadores de nuestra vida y ser hacedores de nuestra identidad, buscando por donde transitar sin temer a la improvisación. Desgajando el proceso entre el hacer de hoy y lo por hacer. Recuperar la memoria y contarla como memoria reciente, aunque en ese relato hayan muchos y necesarios olvidos, que son los que permiten seguir viviendo, y al ir por otras búsquedas, se trata de darle un

contenido que resignifique al grito inicial y porfiado de vivir lo vivido, lo sufrido y padecido.

Buscando recuperar desde otras memorias, la forma de colectivizarlas para encontrarle un sentido que haga tener presente obstinadamente la vida vivida de todos aquellos que ya no veré, ni escucharé, ni esperaré para conversar.

O tal vez lo que quede, es enunciar que lo peor que puede pasar es que gane la Izquierda. Porque nos deja en evidencia. Nos descubre en lo peor de nosotros.

Nos deja ver en lo mediocratizados que estamos. Por eso quizás sea mejor tener la opción de la izquierda como posibilidad futura a alcanzar. Como utopía inalcanzable. Para que no se desmiembren las ideas que la originaron en propuestas como éstas. Y para que mientras vayamos en su búsqueda, nos reencontremos entre nosotros, mirándonos como compañeros, no como potenciales enemigos. Y para que no nos deje sin ninguna ilusión a alcanzar. Y sirva como modelo posible para las generaciones futuras. Tomar al gobierno de izquierda como ideal a descubrir, pero luchar para que nunca lo logre.

O también, se puede militar para revolucionar esta izquierda de gobierno, lo que es marcarse un nuevo objetivo, que no puede ser en solitario sino que implicará organizarse para eso. Buscar jerarquizar los valores que como generación nos identificó, que intentó con la búsqueda de la solidaridad poner por encima de todo el amor por el próximo. Por el más cercano. El otro.